



***Historia e identidad en la Sierra Tarahumara
(México)***

Eugeni Porras Carrillo

Escuela Nacional de Antropología
e Historia-Unidad Chihuahua
Instituto Nacional de Antropología
e Historia-Centro Regional Nayarit



HISTORIA E IDENTIDAD EN LA SIERRA TARAHUMARA¹

Eugeni Porras Carrillo²

Etnohistorias

La alusión a la historia es uno de los recursos más usados en la construcción de las identidades étnicas. La lectura y articulación de los acontecimientos del pasado tiene como objetivo, en primer lugar, proporcionar a los miembros de un grupo un “origen común”. Origen que a menudo se funde con la dimensión biológica y su autoperpetuación como rasgo distintivo de todo grupo étnico (Barth, 1976: 11). Pero, a la vez, otras lecturas (“más objetivas”) de los hechos históricos ofrecen algunas de las claves que permiten comprender cómo se dan los procesos justificatorios y las particulares interpretaciones que elaboran los actores sociales, tanto internos como externos, participantes en el juego de las identidades, para potenciar el enraizamiento y sentido de pertenencia a una historia compartida.

La fuerza de la apelación a los orígenes radica en que no hay manera de que sean refutados al presentarse como hechos, reales o imaginarios, históricos o míticos, que a menudo pertenecen a esa región inmaculada que es el principio, el “antes de...” todo cambio, mezcla, confusión o enfrentamiento, una especie de “edad dorada”, “paraíso terrenal”, en donde no había oposiciones o éstas se resolvían satisfactoriamente en el orden o en la convivencia como muestran los mitos. Sin embargo, el punto, el tiempo, el lugar del origen es difícilmente delimitable y totalmente arbitrario, dependiendo de la particular apropiación que cada quien haga de los datos históricos de acuerdo a los intereses del presente desde los que el pasado se rediseña constantemente. Por otro lado, a veces el “origen”, al mismo tiempo que funciona como factor de discriminación frente a lo “universal” y traza una barrera que “los otros” no pueden compartir, también sirve como autoafirmación objetiva que modula el intercambio y el diálogo de explicaciones con los vecinos y que convierte la historia subjetiva de un pueblo en emblemática.

¹ Este texto forma parte del ensayo mayor *Identidad y relaciones interétnicas en la Sierra Tarahumara* correspondiente al proyecto “Etnografía de las regiones indígenas de México en el nuevo milenio”, de la Coordinación Nacional de Antropología, que el autor coordinó para la región serrana de fines del 2000 a mediados del 2002.

² Profesor investigador de la Escuela Nacional de Antropología e Historia-Unidad Chihuahua, actualmente trabajando en el Centro Regional del Instituto Nacional de Antropología e Historia en Nayarit (eugenipc@todito.com)



En el caso de las etnias que habitan la Sierra Tarahumara, como sucede en otras regiones, el origen al que la historia oficial remite se encuentra en el pasado prehispánico y la formación de las identidades étnicas en el proceso que se inicia con la Conquista -véase el texto de Deimel (1980) para un estudio más detallado. Las dimensiones históricas y sus repercusiones en términos de identidad son interpretadas en forma diferente por los distintos sujetos sociales que intervienen en su construcción. Tales interpretaciones aparecen la mayor parte de las veces como elaboraciones “sui generis” en las que se integran no pocos elementos imaginativos, suposiciones y simplificaciones de acontecimientos comprobados según la ideología y la posición que ocupa cada uno de ellos en la red de interrelaciones que establecen. Su función principal es trazar una línea del presente al pasado explicando y justificando los acontecimientos de modo tal que se conviertan en fundamentadores de identidad, generando una continuidad histórica. Así, a menudo aparecen verdaderas caricaturas del pasado, tanto por parte de los indígenas como de “los otros”, en relatos en los que se insiste en la antigüedad como marca identitaria :

Nuestros antepasados tarahumares ocupaban casi todo lo que ahora es el Estado de Chihuahua hasta hace más o menos 400 años, cuando empezaron a llegar, los *chabochis* (Palma, 2002: 11)

Antaño, los antepasados de los tarahumaras vivían “donde el sol se vuelve rojo y desaparece dentro del mar”. Ellos formaban parte de un grupo nómada que gradualmente avanzaba por la costa occidental de México. Conforme el grupo viajaba, empezó a dispersarse; aquellos que llegaron al sur se les conoció como huicholes, coras y aztecas. Los que se establecieron dentro del área de los estados de Sonora y Sinaloa formaron los grupos llamados yaqui y mayo. Hace alrededor de tres mil años un grupo que pertenecía a los yaqui-mayo se desprendió y estableció su morada en las montañas. Posiblemente intentaba escapar de enfermedades o enemigos. O tal vez buscaba comida. Viajaron río arriba por los profundos barrancos hasta que atravesaron la cordillera de la Sierra Madre Occidental. Por muchos años estuvieron establecidos en las planicies cerca de donde hoy se levanta la Ciudad de Chihuahua. Pero cuando los españoles colonizadores se acercaban al norte, regresaron al refugio de las montañas y barrancos. A estas personas se les conoció entonces por el nombre “tarahumara”. (Burgess, 1975: 5)

(Faustino) me decía que hace 10 mil años sus antepasados vinieron de otras tierras, al norte. Separado del pueblo, un pequeño grupo buscó un valle cerca de Carichíc, pero los apaches y otras tribus los arrojaron a la sierra; después los *chabochis* nunca los dejaron regresar y robaron sus tierras y sus bosques..(Huitron, 1998: 134)

Los ancianos cuentan que estas tierras se parecen a un buey. Al principio el buey estaba muy gordo, tenía bastante sangre y también se



le veía muy bonito su pelo; además tenía muchos piojos. Hoy en día está flaco el buey; está débil porque ya casi no tiene sangre y tampoco pelos tiene ya: se ha convertido pinto; ni siquiera piojos tiene ahora porque no hay donde vivan los piojos (Palma 2002: 57)

Ese pasado compartido, como una de las bases culturales de la identidad, formaría parte de la “memoria colectiva” transmitida de generación en generación por los ancestros y llevaría a pensar en la existencia de un antepasado común del que descenderían todos los miembros de la etnia que, en definitiva, constituirían una extraordinariamente amplia red de parentesco. Sin embargo, no observamos la presencia de esa “memoria histórica de un pueblo” entre los tarahumaras, ni la apelación a sucesos históricos (o tomados como tales), ni a personajes recordados como héroes, líderes o guías colectivos que sean punto de referencia para la cohesión social y funcionen como emblemas históricos de identificación. Por ejemplo, nadie alude a los importantes rebeliones que a lo largo de los siglos XVII-XVIII involucraron a los tarahumaras en su resistencia ante los españoles y son pocos los que conocen ese pasado que, por supuesto, no se enseña en la escuela.

Sin embargo, esa apelación a los antiguos, es suficiente para conformar el particular imaginario colectivo del grupo y lo más que encontramos en los relatos nativos del pasado son referencias abstractas a “los antepasados” que, en un intemporal “antes”, proporcionaron las normas y valores bajo las que los *rarámuri* debían de regirse. Además de otra forma de expresar su identidad, se trata también, en suma, de una estrategia para legitimar como principio de autoridad la mayoría de los sermones (*hawésari*) por los que se transmiten públicamente los modelos de comportamiento a seguir. Por cierto que la mayoría de los contenidos morales de los mismos remiten ciertamente a la influencia de la moral cristiana recibida desde la Conquista ya que, en definitiva, todo viene de Dios, de Onorúame:

Hay que acudir todos los domingos para oír los sermones, pues los que tienen el mando dicen la verdad. Aquí (en los sermones) se habla de cómo vivían los de antes, cómo hacían sus fiestas, cómo elegían sus capitanes, generales y cómo castigaban los gobernadores. Pues así debemos de pensar para que no se nos olvide...Nuestros antepasados pensaron muy bien y a sus hijos les dieron buenos consejos; ahora sigan ustedes, piensen bien. Los antepasados pensaron bien, por eso bien tomaron agua buena, por eso tenían todas las cosas que necesitaban. Se ayudaban todos para vivir a gusto sin problemas. También tenemos nosotros curanderos para que curen; hay que darles comida a los curanderos, también hay que curarnos para no enfermarnos tanto. (Fierro, 2000: 38)



Los antepasados no eran ladrones, mejor trabajaban porque el dinero era escaso. Así era la gente de aquel tiempo. Los indígenas aprendieron a pedir limosna hace poco, cuando llegaron los blancos, porque ellos sí tenían la costumbre de pedir...No hay que hacer caso a los blancos porque ellos hacen muchas cosas malas como robar lo que se encuentran por ahí, aunque no todos son así, también hay gente que da buenos consejos, a veces hasta mejor que la gente indígena (Mares 1997: 66)

Imágenes de los apaches

Por otro lado, no deja de ser curioso que varios de los textos que, en ediciones bilingües, han sido editados en los últimos años con la intención de difundir la lengua tarahumara, de transmitir consejos y mostrar sus costumbres, recogen testimonios escritos, sobre todo de ancianos, relatos y "memorias" sobre los apaches, muestran la ambivalencia con que son consideradas las relaciones entre éstos y los antiguos tarahumaras pero siempre como un punto de referencia para marcar identidades y deslindes:

Eran muy belicosos, se les había admitido como vecinos pero ellos no sabían trabajar, sólo robar y matar, así aprendieron de los blancos con quienes peleaban mucho...lo cierto es que aquí estuvieron y eran como *rarámuri* creo que algunos hasta sabían hablar nuestra lengua...Sé que el *jíkuri* sí lo bailaban y lo consumían. Tocaban unos tamborcitos y flautas de carrizo en sus fiestas...yo creo que también fueron indígenas y que otros los hicieron malos y aquí los tuvieron que quemar (José Mencio Morales, Naráachi, Carichí) (Gardea, 1998: 72)

Creo que todos somos apaches o no somos nadie. El nombre de apaches se les dio a todos los grupos indios que vivieron o vinieron al Estado de Chihuahua y a otros estados vecinos del norte de México y más allá (Estados Unidos)...Apache deriva de la palabra *rarámuri* *aparúame* que quiere decir bravo; luego se escucha decir en *rarámuri*: *né tumí alá Apachi juku*, -ustedes bravos son - esto es la traducción literal (Erasmus Palma, Norogachi, Guachochi) (Idem.: 73)

Por ahí en el año de 1700 en la sierra de los tarahumaras venían muchos apaches de los Estados Unidos de Norteamérica: Cuenta la gente de antes que estas personas eran muy malas con los *rarámuris*, siempre querían robarles todo lo que tenían, hasta los hijos se llevaban para criarlos ellos y hacer grandes sus familias. Muchos *rarámuris* se organizaban para pelear contra ellos sólo que no había armas como las que hoy existen, lo que se usaba en aquellos tiempos era unos arcos que en *rarámuri* llamamos *iwa*, *atá*...(José Gaspar, Monterde, Guazapares) (Mares, 1998: 124)



También en las conversaciones y diálogos cotidianos suelen aparecer los apaches como el único grupo indígena al que los tarahumaras hacen alusión al referirse a la historia y a lo que los abuelos o ancianos contaban. La ambivalencia con que son considerados, entre la admiración y el miedo, entre la complicidad y la animadversidad, es uno de los pocos rastros que muestran de qué forma la llamada “memoria histórica” matiza los acontecimientos del pasado y los moldea apropiadamente en base a las situaciones del presente, añoranzas, expectativas, recuerdos... Por su parte, la investigación histórica, la memoria de los documentos que en archivos aguardan la mirada del historiador, nos proporciona una imagen en la que no pocas veces aparecen tarahumaras y otros grupos aliados a los apaches y combatiendo contra los españoles:

...los españoles descubrieron aldededor de 1771 que mucha gente dentro de la sociedad colonial, tanto indios como no indios, eran cómplices y aliados de los apaches (9)...muchos TARAHUMARES participaron en ataques sólo cuando estaban fuera de sus pueblos natales, ya sea como fugitivos de sus misiones o mientras trabajaban en centros económicos españoles en mandamientos de trabajo o como trabajadores libres(10) ...escuadrones de soldados para inspeccionar la region tarahumara entre 1784-1786 y 1790-1792...regresaron buen número de tarahumaras a sus misiones, convencieron a varios cientos de tarahumaras “gentiles” de considerar mudarse a pueblos misionales y corrigieron numerosos abusos laborales que se creía eran la causa de gran parte del descontento de los indios (Merrill, 2000 :12-13)

La historia es, pues, vista desde el interior de la etnia tarahumara en su dimensión temporal básica de acuerdo al eje presente-pasado y se interpreta como el camino desde una originaria posición de privilegio, de orden, de rectitud, de armonía, a una situación actual de olvido, desorientación, maldad, camino en el que la violencia ha estado siempre presente y es lo que más se recuerda, como muestran estos testimonios que se refieren ya al México independiente y que pueden leerse como parte de la resistencia física a la presencia de una cultura y una ideología externa que siempre ha utilizado la represión violenta :

Dicen los mayores, los que vinieron antes de nosotros, que se llevaron a muchos... venían en el día o en la noche; ya ve que por estos lados, el sol se esconde tarde, y caían sobre los ranchos. Si encontraban hombres, ahí mismo los enganchaban del cuello, uno detrás de otro. Si nomás encontraban *tehueques* (mujeres jóvenes) nomás hacían uso de ellas y se iban a seguir buscando hombres por los demás ranchos (en alusión a la deportación de indígenas a las haciendas henequeneras de Yucatán, Cajas 1992: 39)

Los últimos esfuerzos de los rarámuris para resistir la penetración chabochi se registran en los levantamientos armados de Agua Amarilla, municipio de Guadalupe y Calvo, en 1895 y en 1898 los



de Chinatú, donde las formaciones militares indígenas son aplastadas por el ejército nacional mexicano (Idem: 71)

A los soldados o pelones, como les decían, los rodearon una vez en el pueblo de Chínipas; durante cuatro o cinco meses no los dejaban salir ni para traer agua y leña para hacer la comida. Las mujeres tenían que salir a traer agua como podían y eran balaceadas. Los soldados de los pobres que se encontraban alrededor del pueblo no pasaban hambre porque ellos sí tenían comida y agua; agarraban el ganado que se encontraban en el campo. También hubo soldados indígenas que los mestizos agarraban para llevarlos a pelear contra los ricos. Muchos como soldados hasta salieron muy gordos cuando se fueron del pueblo después de tenerlo rodeado. La gente que estaba rodeada en el pueblo ya no aguantó más y mandó una carta por medio de un perro al que le colgaron el mensaje del cuello. En la carta les decían que querían dialogar porque ya se les había terminado el alimento. Así dialogaron durante varios días hasta que los que estaban fuera les dijeron que se rindieran y salieran pero sin armas y así se acabó todo (Martín Cancio, Gasisuchi, Bocoyna, Mares 1998: 154)

Chabochis y religión

En suma, esa percepción interna de la historia presenta una valoración negativa que refleja más bien la memoria de las interacciones étnicas mantenidas por los tarahumaras con los otros grupos, principalmente los mestizos. En todo ese trayecto del ayer al hoy se encuentra presente el *chabochi*, el blanco, el invasor, el ajeno, como una de las causas más importantes que explican el particular desarrollo del pueblo tarahumara, el principal culpable de esa particular dirección que tomó la historia y el de su situación actual. Concepto-espejo, al igual que indio, su opuesto, *chabochi* pasa a ser generalizante y a referirse a todo lo que no es “uno”, al “otro” por excelencia, desde los muy tempranos tiempos de la Conquista:

El término *echabogame*, que literalmente quiere decir “el (los) que tiene (n) pelo facial”, se menciona por primera vez en 1683, presentado en el documento original como *hetsabogame* y que aparece de nuevo en 1745 como *echabona*. Actualmente los *ralámuli* utilizan el término relacionado *chabochi* para designar a los no indígenas, al igual que *yorí* o *yolí*. (Merrill, 2001: 84)

Los mitos incorporarán a partir del “encuentro” a ese personaje extranjero e invasor atribuyéndole siempre características negativas y un origen encuadrado en la cosmovisión también extranjera de la religión cristiana que los evangelizadores se encargaron de imponer. Ahora sí que invocando al parentesco, las identidades diferenciadas se marcan profundamente, se hacen aparentemente tan incompatibles como el Bien frente al Mal y se fijan en la inamovible verdad de los mitos y la tradición oral: los *rarámuris* son hijos de Dios y los *chabochis* hijos del diablo. Sin embargo,



existe una mediación entre estos dos polos, de otra forma irreconciliables y destinados a hacer fracasar toda relación social: ya que, según la mitología, Dios es el hermano menor del Diablo (hermano mayor), *rarámuris* y *chabochis* son, pues, primos, sorprendente lección del parentesco imaginario que seguramente permite flexibilizar la endogamia grupal y abrir la puerta a los matrimonios con mestizos...

La historia ciertamente nos habla más del manejo de las identidades por parte de los invasores, de los mestizos, de las instituciones y de los investigadores, que de las formas de autoidentificación, apropiación o reinterpretación manejadas por los indígenas. Las numerosas "naciones" que los evangelizadores identificaron al principio, se redujeron drásticamente y, en muy poco tiempo, se consolidaron en tan sólo los cuatro grupos étnicos que a la fecha son reconocidos en la Sierra Tarahumara con identidades distintas: pimas, guarojíos, tepehuanes y tarahumaras. El efecto, pues, de la Conquista no fue sólo sobre la existencia material de su población y su cultura sino también sobre las categorías de clasificación, denominación, adscripción y diferenciación usadas por los españoles. Las muy diferentes formas de respuesta que individual y colectivamente asumieron los indígenas se consideran también como causas variables de asunción de identidad y el debate aparece al tratar de definir y de medir los cambios culturales ocasionados por el enfrentamiento y que determinan la aparición de las diversas identidades.

Por una parte se encuentran quienes consideran que el cambio socio-cultural fue total, pero no explican entonces la presencia a lo largo de todo lo que se conoce sobre la historia de los tarahumaras de muchísimos elementos culturales autónomos o las formas particulares de apropiarse de los ajenos:

Por influencia de la vida en las misiones se cambió de una forma total la cultura y la sociedad indias; tal cambio no sólo afectó a los grupos que directamente quedaron dentro del sistema misional, sino que llegó a todos los indios y con frecuencia los cambios llegaron aun antes que los españoles mismos, como los objetos de metal, las enfermedades contagiosas europeas, ciertos cultivos y algunos de los animales domesticados...Debido a la gran diferencia cultural y militar entre los dos grupos en contacto, se dio uno de los principios del proceso de aculturación: la cultura más avanzada y que detentaba el poder se impuso sobre la menos avanzada y dominada, la indígena, misma que se apropió, utilizó y adaptó socialmente lo suficiente de la cultura española como para aniquilarse a sí misma. No hubo nunca un verdadero proceso de aculturación, como se dio de manera parcial en Mesoamérica...La cultura de los indígenas terminó siendo la cultura de las misiones, esto es, la que los religiosos quisieron o pudieron imponer a los indios congregados en la misión, reinterpretada por los indios no en términos de su propia cultura sino en relación con su propia situación (Nolasco, 1998: 105-113)



Por otra parte están los que destacan la sobrevivencia o persistencia de la cultura *rarámuri* bajo el dominio de la imposición cultural española y occidental. Partiendo de una idea de identidad más metafísica que social los más extremistas consideran que existe una continuidad en lo esencial entre los tarahumaras prehispánicos y los actuales invirtiendo de alguna manera la relación causa-efecto: la identidad y la cultura serían las razones de la persistencia y no sus consecuencias, pese a lo vago de los conceptos que no explican qué es lo que persiste y de qué manera una cultura puede ser igual a la de tiempos tan remotos:

...en este trabajo se plantea la posibilidad de que los grupos pueden seguir existiendo –a pesar de los cambios- en esencia iguales pero no idénticos. Esto es, persisten como grupos culturalmente diferenciados, manteniendo también una identidad particular frente a “los otros”(7)...el objetivo central de esta investigación, es explicar la forma en que los *rarámuri* han persistido como grupo diferenciado, desde periodos prehispánicos y hasta nuestros días...se tratará de demostrar que la cultura y la identidad *rarámuri* son, a partir de sus características específicas, lo que han hecho posible la persistencia de la etnia tarahumara a lo largo de los años, incluso, en condiciones adversas (Buenrostro, 1998: 39)

Empresa fundamentalmente evangelizadora la de la Conquista, el paradigma de las creencias religiosas pasa a constituir desde el principio de la misma uno de los más importantes criterios formadores de identidad y el referente histórico se une indisolublemente al religioso. Desde los continuadores actuales de la obra evangélica la lectura de la historia no deja de ser justificadora, reduccionista y se presenta como la salvación de los tarahumaras, propuesta a todas luces exagerada a pesar de la constatada defensa que en numerosas ocasiones las órdenes religiosas (jesuitas y franciscanos) hicieron de los indígenas ante su explotación por los colonizadores españoles, sobre todo a través del trabajo en las minas, parte del conflicto entre explotación material y explotación espiritual con el que dividirse esa importante cantidad de almas (ya que la vida en las misiones era igualmente un sistema de explotación y de control de las “almas paganas”):

...hay sobrada evidencia de que, en Tarahumara, a pesar de la ocupación española, la religión cristiana nunca fue impuesta a los indígenas; fundamentalmente por su independencia y dispersión, pero también por la oposición de los jesuitas a los métodos coercitivos...*si en Tarahumara hubo aceptación e incorporación de la propuesta cristiana, fue porque los indígenas quisieron* (13)...La llegada de los españoles y la invasión de su territorio hicieron necesaria la adopción de mecanismos de unificación y una nueva comprensión global que les explicara el cambio de situación y les permitiera manejarlo...la propuesta cristiana les brindó –de hecho- una respuesta a estas



necesidades tanto por su riqueza de símbolos como por la validez de su mensaje central (De Velasco, 1990: 14)

Pagótames y gentiles

A partir del componente religioso, aparece una primera gran clasificación identitaria al interior de la etnia tarahumara que llega a ser usada en nuestros días de una manera bastante acrítica e inobjetable, utilizando, sin embargo un criterio de adhesión o rechazo externo al grupo con un marcador tan ambiguo como es el bautismo. Surge así la distinción entre los *rarámuri pagótame*, los bautizados en la fé católica, y los “gentiles” o *simaroni*, los que no aceptaron el bautismo, como dos identidades diferentes y dos culturas distintas. Diferencia asumida por la mayoría de los actores sociales de la Tarahumara, es también para ellos una manera de referirse al grado de pureza y de proximidad a la “esencia” étnica:

Los gentiles han existido desde periodos prehispánicos, mantienen una identidad propia y específica en relación a “los otros”. Su identidad se ha ido construyendo a lo largo de distintos momentos en los que han interactuado entre sí y con los “otros”. Ellos no han aceptado cambiar de gentiles a pagótame. Mantienen sus propias creencias y pueden aceptar que existan bautizados, sin embargo, ellos simplemente se conciben como *rarámuri*, incluso, como los “verdaderos” *rarámuri*, ya que los “otros” (bautizados) se han alejado de sus creencias originales para aceptar muchas cosas de las que trajeron consigo los misioneros. Los gentiles sólo se apropiaron de lo que les podía ser útil, lo demás simplemente lo rechazaron (Buenrostro, 1998: 121)

Esta imagen es bastante esquemática y superficial aunque sea la predominante en la construcción que el sentido común hace de las identidades serranas. Por una parte, en situaciones de contacto o invasión cultural, todos los grupos funcionan apropiándose de lo que les puede ser más útil y así muchos de los que se bautizaron consideraron y siguen considerando ese acto como algo beneficioso, sin comprender ni compartir las implicaciones teológicas ni la “fe” derivadas de ese ritual al que casi a fuerza se deben de someter. Por otra parte, una mirada mínimamente más metódica a la historia de la conformación de los gentiles (como, en general, de la reducción de numerosas gentes y naciones a pocos grupos) muestra que éstos son producto principalmente de los movimientos y cambios originados en el siglo XVIII cuando la secularización de las misiones y el posterior abandono de muchas de ellas, con la expulsión de los jesuitas, propiciaron la confiscación del ganado y otras pertenencias por parte de los españoles así como un incremento en la mano de obra indígena para las minas, trabajos agrícolas y empresas



militares como la construcción de defensas en la guerra contra los apaches. Ante esa drástica alteración de la economía de las misiones hubo muchos indígenas y no indígenas que optaron por refugiarse en espacios autónomos lejos del control colonial:

Entre los fugitivos no sólo había tarahumaras, sino también indígenas provenientes de diferentes grupos, así como no indígenas, la mayoría de ellos huidos de la justicia española. En consecuencia, la diversidad cultural y lingüística de esas comunidades con frecuencia era mayor que la de las misiones, y sería un error suponer que los descendientes actuales de esos gentiles/cimarrones son genética o culturalmente “mas puros” que los descendientes de los *ralámuli* que permanecieron en las misiones (Merrill, 2001: 92)

El testimonio de José María Miqueo desde la nueva misión de Nuestra Señora de Loreto, en carta al provincial de 1745, confirmando la cita anterior, muestra la existencia de un largo proceso de movimientos migratorios demográficos más allá del poco exitoso programa de concentración de los indios en pueblos:

Porque estas barrancas son el común refugio de los que huyen de otras misiones; y según lo que he pulsado en año y medio cuasi que ha que vine, lo más de los gentiles, de los muchos que viven estas asperezas, no son ordinarios gentiles, sino hijos o descendientes de malos cristianos que huyendo de los pueblos de trabajo de las minas, se han multiplicado dejando a sus hijos, con el aborrecimientos a los pueblos y a los españoles, la herencia del poco aprecio a los sacramentos y aún horror a los ministros de Dios (Urías, 1994: 85)

El testimonio actual de un etnógrafo que ha convivido con los gentiles, reafirma lo expuesto anteriormente en cuanto a la falacia de considerarlos más puros que los *rarámuri* bautizados, como cree la mayoría de la gente, aunque no estamos de acuerdo en considerarlos como una subcultura, ni mucho menos “menor”, como manifiesta el autor:

...los gentiles son una subcultura menor, ya que comprende sólo un 5% de la población *rarámuri* total...identidad actual de los gentiles que, como los cimarrones, muchos de ellos son descendientes de apóstatas y fugitivos que asociaron la evangelización cristiana con la práctica colonial del trabajo forzado y al vincular las misiones jesuitas con las minas y las haciendas, varios buscaron refugio de los europeos huyendo a regiones aisladas (Levi 2001: 130)

Por oposición a estos gentiles, que también serán calificados como bárbaros y maleantes sobre todo por la imposibilidad de que ni misioneros ni empleadores agrícolas o mineros tuvieran control sobre ellos, sus actividades y movimientos, los indígenas que permanecieron en las misiones o que, en mayor o menor medida, se integraron a la cultura colonial y se apropiaron de muchos de sus elementos a través



de un variado proceso de aprendizaje de oficios, técnicas artesanales, costumbres, actitudes y sobre todo tecnología militar... pasaron a ser denominados muy frecuentemente a lo largo del siglo XVIII "hijos de la tierra", una categoría que realza la adscripción a un lugar determinado, la identidad territorial, y muestra cómo tempranamente se construye la identidad a partir de la adquisición y manejo de ciertos rasgos, elementos culturales y estrategias de resistencia venidos del exterior:

...viéndose como se han visto en estos contornos en buenas cabalgaduras y proveídos además de sus usuales armas, de otras ofensivas como son escopetas, trabucos, cueras y adargas, de suerte que aún se habían divisado a alguna distancia, conceptuados de ser españoles, no se ha recelado daño alguno (testimonio franciscano de 1759, en Urías, 1994: 96)

Con eso no queremos decir que antes de la expulsión de los jesuitas no hubiera gentiles, rarámuris no bautizados, sino que su utilización como una identidad distinta y su apelación como seña de "autenticidad" se da sobre todo después de este proceso histórico de recomposición social. Ciertamente habría que discutir con mayor profundidad el significado actual de la gentilidad y las situaciones que se producen en algunas zonas en donde apenas han entrado los agentes occidentales o se lucha porque no entren. Pero pensamos que ello no es un criterio para hablar de "pureza" étnica ya que ese aislamiento no es nunca total. Por lo tanto, más que referirse a dos identidades diferentes, los términos *rarámuri* y *pagótame* aluden a dos identificaciones distintas, la segunda de ellas referida a los aspectos religiosos, a la pertenencia a la iglesia católica por medio del bautismo.

Por otro lado, resulta altamente significativo el hecho de que los españoles nunca llegaron a emplear el término *rarámuri* con el que actualmente se autodenominan los tarahumaras. Ni Tomás de Guadalajara, autor en 1683 de un "Compendio del arte de la lengua tarahumara...", ni el "Tarahumarisches Worterbuch" que Mattahus Steffel compiló después de la expulsión jesuita y publicó en 1809, utilizan ese gentilicio que hoy es considerado el etnónimo del grupo. Es de suponer que empezó a ser usado en algún momento del siglo XVIII, completando así la creación y consolidación de las identidades básicas (gentiles, rarámuris y chabochis) con las que los tarahumaras entrarían al México Independiente:

La palabra *ralámuli* está totalmente ausente del registro histórico hasta 1826, cuando es anotada por primera vez en el *Compendio gramatical para la inteligencia del idioma tarahumar* escrito por el misionero franciscano Miguel Tellechea...presenta varios sermones, tanto en español como en tarahumara en los que da *rarámuri* como la traducción de la palabra española "tarahumares" (Merrill, 2001: 77)



Bibliografía

- BARTH, Frederick, *Los grupos étnicos y sus fronteras*, Fondo de Cultura Económica, México 1976
- BUENROSTRO, Manuel, *Identidad y cultura rarámuri*, Tesis de maestría en Antropología Social, ENAH, México 1998
- BURGUES, Don, *Podrías vivir como un tarahumara?*, Editado por Nina Lincoln, México DF 1975
- CAJAS CASTRO, Juan, *La sierra Tarahumara o los desvelos de la modernidad*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México 1992
- DEIMEL, Claus, *Les Indiens Tarahumaras au présent et au passé*, Fédérop, Paris 1980
- DE VELASCO R., Pedro J., "Sincretismo o reformulación y apropiación de propuestas religiosas", en AA.VV., *Los rarámuri hoy*, INI-Culturas Populares, Chihuahua 1990.
- FIERRO ROJAS, Raymundo (coordinador), *Los consejos para los niños indígenas. El pensamiento rarámuri a través de los sermones*, Unidad Regional de Culturas Populares, Chihuahua 2000
- GARDEA GARCIA, Juan y CHAVEZ RAMIREZ, Martín, *Kite amachíala kiya nirúami (Nues tros saberes antiguos)*, Gobierno del Estado, Chihuahua 1998
- GONZALEZ, Luis; GUTIERREZ, Susana; STEFANI, Paola; URIAS, Margarita y URTEAGA, Augusto, *Derechos culturales y derechos indígenas en la Sierra Tarahumara*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Chihuahua 1994.
- HUITRON, Jorge, *Rejóachi Napahuiiri (La confluencia)*, Fondo de Cultura Económica, México 1998
- LEVI, Jerome M., "La flecha y la cobija. Codificación de la identidad y resistencia en la cultura material rarámuri" en MOLINARI, Claudia y PORRAS, Eugeni (2001)
- MARES TRIAS, Albino, *Rejcholi kuchi nila (Consejos para los niños)*, Gobierno del Estado, Chihuahua 1997
- *Regá ejperégame ju ralámuli re'labe. Así vivimos en la Baja Tarahumara*, Gobierno del Estado, Chihuahua 1998.
- MERRILL, William M. *La economía política de las correrías: Nueva Vizcaya al final de la época colonial*, en TEXTOS DE LA NUEVA VIZCAYA, no. 6, Centro de Estudios Regionales, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Gobierno del Estado, Chihuahua Octubre 2000.
- "La identidad ralámuli, una perspectiva histórica" en MOLINARI, Claudia y PORRAS, Eugeni (2001)
- MOLINARI, Claudia y PORRAS, Eugeni, *Identidad y cultura en la Sierra Tarahumara*, INAH, México 2001
- NOLASCO, Margarita, *Conquista y dominación del noroeste de México: el papel de los jesuitas*, INAH, México 1998.
- PALMA AGUIRRE, Francisco, *Mápu regá eperé rarámuri (Vida del pueblo tarahumar)*, Culturas Populares, Instituto Chihuahuense de la Cultura, Gobierno del Estado, Chihuahua 2002.
- URIAS, Margarita, "Rarámuris en el siglo XVIII" en GONZALEZ, Luis; GUTIERREZ, Susana; STEFANI, Paola; URIAS, Margarita y URTEAGA, Augusto (1994).